

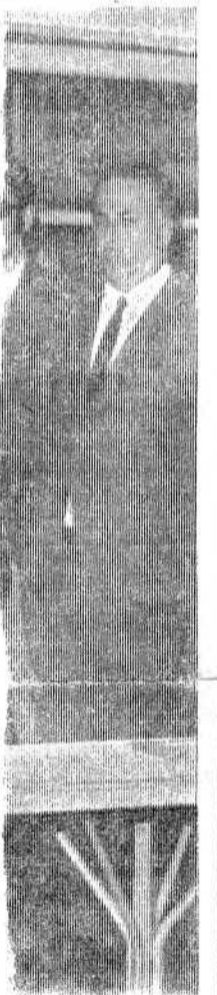
ONES RICO

Invierno

reducto del arte lío —dejando aparte upos que aun "zar- juveniles— "Los " cantan y recan- orción de cosas que tualidad. Y, que or estas fechas, se como un grito de

tas de Invierno —o al, para entender- tienen en "Los " un canto alegre id permanente que esarrollando un in- hacer. Son prota- de excepción del estos hombres de colinos" que, en el rontón de Santa an y cantan y vuel- ar, sin olvidar la acida e impulsada io de whisky esco- aquí no siente la de la falda tablea-

escocés, sirve para en Carnaval. Para atos: todo el año. naval está a pocos como una letra de ara él se preparan colinos".



e los refuerzos la fotografía. RAMOS).

nsejo

terminada la reu- presidente de la e Hermigua se los asistentes a ervido en un tipi- localidad, termi- atro de la tarde, s jerarquías pro- das a la locali- neroso a cele- ón sobre el mis- tuvo lugar a las de.

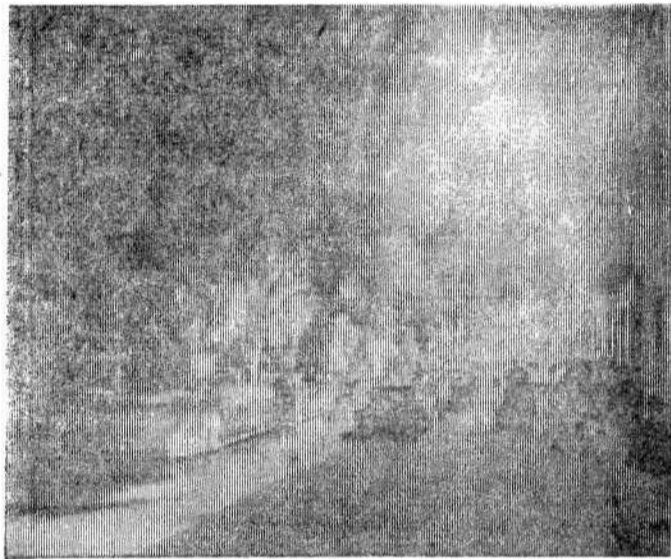
os miembros de de Hermigua y on una visita a a pista Palmar- realiza el gru- e colonización los cuales des- dos kilómetros pudieron con-

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio

Padrón Albornoz

LA PLAZA TRANQUILA Y ROMANTICA



Ciudad de ayer y también de hoy. Donde el rebrillar y el gruñir de las máquinas abrieron —hace pocos meses— en amplias perspectivas un nuevo Santa Cruz en que, con fuerza e ímpetu, late un eco inapagable del pasado.

Ahí está—estará siempre—esa estampa, magnífica e im- gualable, de la Plaza del Príncipe, la misma de antaño que, pese a las reformas, aún alegra la ciudad toda.

Plaza tranquila.

Plaza donde normalmente hay multitud, pero nunca bu- llicio.

Ciudad de ayer y también de hoy.

Y es que, por paradoja, esa foto de un ayer que no lle- gamos a conocer muchas generaciones—el auto lleva matricu- la que apenas rebasa el cien—parece está clavada en nuestra mente, en todo nuestro sentir, en todo nuestro añorar.

La vivimos sí, años más tarde. Cuando aun la reforma no había recortado su perímetro y cuando unos nombres—La Ca- talana y El Guancho—eran sólo recuerdos y evocaciones de quienes nos habían precedido en el camino de la vida.

Ahí está la plaza de ayer y también de hoy.

Juegos de sombra azul y sol.

Todos los verdes, todos los oros, todas las luces del viejo Santa Cruz.

Así la soñaron los que la hicieron realidad, los que con su esfuerzo romántico, puramente desinteresado, pusieron en ella verdes copas nacientes. Y, en el centro, el agua abundante y retorcida, voluble brazo desnudo de la fuente de hierro.

Laureles, ramazón verdosa y, a un lado, la aguja vegetal —erizada de flechas—de la fina y esbelta araucaria, hermana gemela de la ya también desaparecida de la Plaza de la Iglesia.

Bajo la arboleda gris y sombra verde asoma la espadaña cargada de años y recuerdos.

Laureles, la cofradía del verdor perenne dan guardia—co- mo antaño, como siempre—a la Plaza que nació ante el hecho indiscutible de que "la Alameda de la Marina, suficiente en un tiempo para el vecindario, no podía contener ya la inmen- sa concurrencia que a ella afluía, con especialidad los días festivos".

En 1822, el Ayuntamiento incoó un expediente con obje- to de que le fuese cedida la huerta del convento de San Fran- cisco "para fumar en ella la plaza pública".

Pero los años transcurrieron con lento y paradójico rápi- do paso. Y, en 1857, se plantea de nuevo, y definitivamente, la vieja y tan debatida cuestión. Y en sesión extraordinaria del 27 de noviembre se acordó la adquisición de la huerta, cuya compra se llevó a cabo según escritura pública celebrada ante don Manuel del Castillo Espinosa el día 7 de diciembre.

Medía la huerta 92.927 pies cuadrados y su precio se ele- vó a 90.000 reales vellón. Don Bernabé Rodríguez, alcalde en- tonces de Santa Cruz, recaudó—por suscripción popular— 34.790 reales; 43.764 fueron aportados por la Corporación Mu- nicipal y los 6.446 restantes lo fueron por personas que tenían créditos contra el Ayuntamiento y los cedieron para la ejecu- ción de la citada obra.

Santa Cruz se alegró con el comienzo de la construcción de aquella su nueva plaza.

"El 8 del referido mes, día de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, se inauguró la obra con toda solemnidad, derribándose el muro del frente de la huerta, que es el que daba a la calle del Norte, por la compañía de bomberos, to- cando mientras tanto escogidas piezas la banda del Batallón Provincial que guarnecía esta Plaza, a los cuales se obsequió con un abundante refresco".

La obra pasó, como todas, por diversas etapas en su cons- trucción. Explanaciones y muros de contención se fueron lle- vando a cabo mientras los planos de la Plaza, así como pro- yectos de alineaciones y rasantes de las calles contiguas, fue- ron presentados en junio de 1860 por don Manuel Oráa.

Los nombres de dos alcaldes—don Patricio Madam y don Manuel García Calderón—están muy ligados a la terminación de la Plaza. Durante el mandato del primero de ellos se ter- minó la fachada principal, mientras que—en 1869, siendo al- calde segundo el señor García Calderón—se construyó la es- calinata que da a la calle de Ruiz de Padrón, "ascendiendo su costo a 8.820 reales vellón, parte de los cuales pagó de su bol- sillo particular por no alcanzar a cubrir la suma que tenía re- caudada".

Dos años antes, en 1867, se constituyó una Junta de Orna- to que tuvo a su cargo la adquisición de una fuente de hierro fundido. Esta, obra de la firma londinense A. Handyside and Derby, llegó al puerto de Santa Cruz el 19 de noviembre de 1870 en el bergantín inglés "Jessie".

El 25 de julio de 1870, siendo alcalde don Emilio Serra, una comisión expresamente nombrada. llevó a cabo una rifa

daba a la calle del Norte, por la compañía de bomberos, tocando mientras tanto escogidas piezas la banda del Batallón Provincial que guarnecía esta Plaza, a los cuales se obsequió con un abundante refresco”.

La obra pasó, como todas, por diversas etapas en su construcción. Explanaciones y muros de contención se fueron llevando a cabo mientras los planos de la Plaza, así como proyectos de alineaciones y rasantes de las calles contiguas, fueron presentados en junio de 1860 por don Manuel Oráa.

Los nombres de dos alcaldes—don Patricio Madam y don Manuel García Calderón—están muy ligados a la terminación de la Plaza. Durante el mandato del primero de ellos se terminó la fachada principal, mientras que—en 1869, siendo alcalde segundo el señor García Calderón—se construyó la escalinata que da a la calle de Ruiz de Padrón, “ascendiendo su costo a 8.820 reales vellón, parte de los cuales pagó de su bolsillo particular por no alcanzar a cubrir la suma que tenía recaudada”.

Dos años antes, en 1867, se constituyó una Junta de Ornato que tuvo a su cargo la adquisición de una fuente de hierro fundido. Esta, obra de la firma londinense A. Handyside and Derby, llegó al puerto de Santa Cruz el 19 de noviembre de 1870 en el bergantín inglés “Jessie”.

El 25 de julio de 1870, siendo alcalde don Emilio Serra, una comisión expresamente nombrada, llevó a cabo una rifa cuyo producto se destinaba, íntegro, a las obras que por entonces se realizaban en la Plaza del Príncipe.

Y con los 30.000 reales vellón que se lograron pudo llevarse a buen y rápido fin todo el costado sur, “con su buena y espaciosa escalinata”.

Santa Cruz cuidó y mimó a su Plaza, a esa misma que, en frase del marqués de Lozoya, es la más perfecta y hermosa—mente romántica que alza su estampa en suelo español.

Ahí está, en el viejo grabado, con sombras de sombra verde y sol, de ese sol que nos parece arde y pica anunciando un verano que, entonces próximo, hoy es lejano, muy lejano.

Pero la Plaza ya no es la de antaño.

Ya no es aquella que, en épocas de mayoría republicana en la Corporación, tomaba el nombre de Alameda de la Libertad y que, en épocas de monárquicos, tornaba a su primitiva denominación.

La Plaza ya no es la de antaño, ya no es aquella en que, antes, la sombra se amontonaba bajo los laureles que ponían su explosión verde en el mismo centro de Santa Cruz. Se perdió para siempre el frescor verde de aquella penumbra pero, en compensación, aun queda paz, casi soledad, presencia plena, mientras cantan los rayos del sol. Y con ellos la multitud alada que, valseante de alegría, no entiende—felicemente para ella—de tiempos idos y tiempos venideros.

El sol de la mañana, hoy la saluda con aquella su misma sonrisa caliente y alegre de años idos.

El sol de la tarde, el de la siesta, apretará su frescura verde en torno a los viejos laureles que, con orden, forman la cofradía del verdor perenne, de la hoja que no se seca, de la hoja que no se muere.

Como tampoco en nosotros se secan ni mueren los sueños e ilusiones de ayer.

terminada la reu-
presidente de la
e Hermigua se
los asistentes a
rvido en un tipi-
localidad, termi-
atro de la tarde,
s jerarquías pro-
das a la locali-
permoso a cele-
ón sobre el mis-
tuvo lugar a las
de.
os miembros de
de Hermigua y
on una visita a
a pista Palmar-
realiza el gru-
colonización
los cuales des-
dos kilómetros
pudieron con-
ella panorámica
de un mirador
a 300 metros
del mar.

Recibidas por el General varias

Recibidas por S.E.
General de Cana-

don Manuel Pa-
nel de Infan-
de Protección
vincia de Te-

don Miguel Es-
Coronel In-
Intervención
nisterio del

Tenerife, 21

daba a la calle del Norte, por la compañía de bomberos, tocando mientras tanto escogidas piezas la banda del Batallón Provincial que guarnecía esta Plaza, a los cuales se obsequió con un abundante refresco”.

La obra pasó, como todas, por diversas etapas en su construcción. Explanaciones y muros de contención se fueron llevando a cabo mientras los planos de la Plaza, así como proyectos de alineaciones y rasantes de las calles contiguas, fueron presentados en junio de 1860 por don Manuel Oráa.

Los nombres de dos alcaldes—don Patricio Madam y don Manuel García Calderón—están muy ligados a la terminación de la Plaza. Durante el mandato del primero de ellos se terminó la fachada principal, mientras que—en 1869, siendo alcalde segundo el señor García Calderón—se construyó la escalinata que da a la calle de Ruiz de Padrón, “ascendiendo su costo a 8.820 reales vellón, parte de los cuales pagó de su bolsillo particular por no alcanzar a cubrir la suma que tenía recaudada”.

Dos años antes, en 1867, se constituyó una Junta de Ornato que tuvo a su cargo la adquisición de una fuente de hierro fundido. Esta, obra de la firma londinense A. Handyside and Derby, llegó al puerto de Santa Cruz el 19 de noviembre de 1870 en el bergantín inglés “Jessie”.

El 25 de julio de 1870, siendo alcalde don Emilio Serra, una comisión expresamente nombrada, llevó a cabo una rifa cuyo producto se destinaba, íntegro, a las obras que por entonces se realizaban en la Plaza del Príncipe.

Y con los 30.000 reales vellón que se lograron pudo llevarse a buen y rápido fin todo el costado sur, “con su buena y espaciosa escalinata”.

Santa Cruz cuidó y mimó a su Plaza, a esa misma que, en frase del marqués de Lozoya, es la más perfecta y hermosa—mente romántica que alza su estampa en suelo español.

Ahí está, en el viejo grabado, con sombras de sombra verde y sol, de ese sol que nos parece arde y pica anunciando un verano que, entonces próximo, hoy es lejano, muy lejano.

Pero la Plaza ya no es la de antaño.

Ya no es aquella que, en épocas de mayoría republicana en la Corporación, tomaba el nombre de Alameda de la Libertad y que, en épocas de monárquicos, tornaba a su primitiva denominación.

La Plaza ya no es la de antaño, ya no es aquella en que, antes, la sombra se amontonaba bajo los laureles que ponían su explosión verde en el mismo centro de Santa Cruz. Se perdió para siempre el frescor verde de aquella penumbra pero, en compensación, aun queda paz, casi soledad, presencia plena, mientras cantan los rayos del sol. Y con ellos la multitud alada que, valseante de alegría, no entiende—felicemente para ella—de tiempos idos y tiempos venideros.

El sol de la mañana, hoy la saluda con aquella su misma sonrisa caliente y alegre de años idos.

El sol de la tarde, el de la siesta, apretará su frescura verde en torno a los viejos laureles que, con orden, forman la cofradía del verdor perenne, de la hoja que no se seca, de la hoja que no se muere.

Como tampoco en nosotros se secan ni mueren los sueños e ilusiones de ayer.

terminada la reu-
presidente de la
e Hermigua se
los asistentes a
rvido en un tipi-
localidad, termi-
atro de la tarde,
s jerarquías pro-
das a la locali-
hermoso a cele-
ón sobre el mis-
tuvo lugar a las
de.

os miembros de
de Hermigua y
on una visita a
a pista Palmar-
realiza el gru-
colonización
los cuales des-
dos kilómetros
pudieron con-
ella panorámica
de un mirador
a 300 metros
del mar.

Recibidas por el General varias

Recibidas por S.E.
ral de Cana-

on Manuel Pa-
nel de Infan-
de Protección
vincia de Te-

on Miguel Es-
Coronel In-
Intervención
nisterio del

Tenerife, 21